

## Introducción

Nuestra historia comienza hace trece mil setecientos millones de años cuando una gran explosión da lugar al universo. Desde el ámbito científico se afirma que lo primero que aparece tras la explosión es el espacio-tiempo, luego las leyes físicas, la energía, las partículas, los núcleos atómicos, los átomos ligeros, las estrellas, las galaxias... Los elementos pesados de la tabla periódica –afirma la ciencia– se originan en el interior de las estrellas debido a las condiciones extremas de presión y temperatura que allí existen, y dan lugar a los sistemas planetarios y los asteroides al explotar las supernovas que los contienen.

Nuestro sistema solar se forma hace cuatro mil quinientos cincuenta millones de años a partir de una nube de gas, rocas y polvo cósmico frenados en su expansión por la acción de la gravedad. La nube de gas está formada por hidrógeno y helio procedentes de la gran explosión, mientras que los materiales sólidos son los restos de la explosión de supernovas cercanas.

En un principio la Tierra presenta un medioambiente hostil para el desarrollo de la vida, pero alrededor de doscientos millones de años después, la temperatura baja de los cien grados centígrados, se condensa el vapor de agua, se forman los océanos y aparece la corteza terrestre. En estas nuevas condiciones ambientales, se

combinan entre sí los elementos químicos inorgánicos existentes en aquella Tierra primitiva, se forman de manera natural compuestos orgánicos cada vez más complejos, aparecen las proteínas y los ácidos nucleicos, y estos terminan conformando la primera célula viva capaz de replicarse para formar otras células también vivas.

Luego, a través de un proceso de evolución que dura miles de millones de años, van apareciendo las distintas especies que nos han precedido; primero los organismos unicelulares, luego los pluricelulares y, al final de la cadena que conduce a nosotros, los primates. Sin que se sepan las causas de ello (existen varias teorías distintas), una de las especies de su linaje experimenta un importante aumento del tamaño del su cerebro, desarrolla la capacidad de caminar en posición erecta, y dos millones de años después surge el primer individuo clasificado dentro del género *Homo* al que pertenecemos los humanos.

Pero la historia continúa, su cerebro sigue creciendo y estos homínidos empiezan a pensar, a diseñar herramientas, a dictar normas de convivencia... luego a obrar en libertad, a amar, a compadecer, a crear arte... En definitiva, aquellos individuos esencialmente egoístas y esclavos de sus instintos, se van convirtiendo a lo largo de miles de siglos en personas humanas con todas las facultades propias de los seres humanos...

Pues bien, hasta aquí los hechos escuetos, pero si queremos acometer la tarea de relatar la aventura humana no podemos limitarnos a los hechos, sino que debemos preguntarnos el *por qué* y el *para qué* de las cosas, pues según sean las respuestas nuestra vida tendrá uno u otro sentido. La respuesta a la primera pregunta admite dos hipótesis diferentes; la creacionista y la materialista. La interpretación creacionista del origen del mundo y de nuestro propio origen nos la proporcionan los primeros capítulos del Génesis; el primero relata la creación, y el segundo la génesis del primer hombre.

Buceando en el simbolismo de sus textos descubrimos en ellos tres mensajes muy sencillos. Primero, Dios es el Señor pues de Él procede todo cuanto existe. Segundo, el hombre es un ser singular hecho a su imagen. Tercero, la mujer es igual al hombre. Pero esta explicación presupone la existencia de una *realidad* que escapa a nuestros sentidos (Dios creador), y la cuestión está en saber si nuestros sentidos tienen una capacidad ilimitada de percepción de la realidad, o si son limitados y hay realidades que les pasan desapercibidas.

La interpretación materialista se ha basado tradicionalmente en el azar. Pero el recurso al azar es poco consistente para justificar nuestra presencia en el mundo, y por eso la teoría de la evolución de Darwin (1809-1882) supone un importante impulso a las tesis no creacionistas. Ya no es sólo el azar el responsable de nuestra existencia, sino que también hay que contar con la selección natural que guía todo el proceso evolutivo sin necesidad de ningún tipo de diseño divino.

Desde Darwin resulta habitual creer que desde la ciencia se puede explicar (o se podrá explicar en el futuro) todo el proceso que parte de la nada y culmina en nosotros, pues ofrece un relato sólido que resulta convincente. Pero si se mira con más detalle, se aprecia, incluso sin necesidad de ser científico, que en la cadena argumental que nos ofrece la ciencia faltan eslabones esenciales para explicar los saltos ontológicos que se producen a lo largo del proceso, y merece la pena detenernos un momento a analizar esta apreciación.

## De la nada a la materia

Hay científicos que afirman poder explicar las causas que provocaron el Big Bang basándose sólo en las leyes físicas... con lo

que el papel de un Creador para que todo exista queda muy en entredicho. Stephen Hawking (1942-2018), en su libro *El gran diseño*, declara que: «El universo surgió de la nada, de forma espontánea, como consecuencia inevitable de las leyes de la física», y sin entrar en mayores detalles, se nos ocurre señalar que *la nada* de Hawking es muy peculiar, pues, al parecer, en ella caben nada menos que las leyes físicas.

Pero no sólo es Hawking, sino que todos los científicos que dicen poder explicar la génesis del Big Bang (el origen del universo) desde la ciencia, caen en esta misma inconsistencia, pues se limitan a justificar la aparición espontánea de la materia y la energía... pero no se ocupan de aclarar el origen del espacio-tiempo y las leyes físicas en las que apoyan sus teorías. Es evidente que si no explicamos de dónde proceden, estas teorías están muy lejos de solucionar el enigma del origen del cosmos.

## De la materia a la vida

El relato científico sobre la formación espontánea de la primera “estructura celular” capaz de albergar la vida presenta una base empírica insuficiente, pero es razonable pensar que las cosas debieron ocurrir como dicen los científicos. Ahora bien, cuando a continuación afirman que al constituirse el soporte material de la vida (al formarse la primera estructura celular), la vida surge espontáneamente, están sustituyendo la argumentación científica por un simple aserto sin base empírica alguna, y, por tanto, sin ningún valor científico... máxime cuando los datos empíricos apuntan a todo lo contrario. Nos explicamos.

La ontología es la rama de la metafísica que estudia el “ser”, y en ella se clasifican las distintas realidades ontológicas (las distintas formas de ser) en varios niveles que forman una escala perfec-

tamente jerarquizada. Como es natural (por ser evidente) en esta escala a la “materia” se le otorga un nivel inferior a la “vida”, y a la vida un nivel inferior a la “conciencia”. Pero la ontología nos dice además que esta escala es como la ladera de una montaña, en la que un objeto sólo puede caer y nunca remontarse hacia arriba; es decir, que la materia nunca puede por sí misma dar lugar a la vida; que para que exista la vida tiene que haber algo más que “anime” a la materia inerte para convertirla en un ser “animado” (del término “*ánima*” –alma– en latín, procedente del griego “*ánemos*”).

Y este principio no es fruto de ningún tipo de razonamiento lógico, sino de un dato empírico incuestionable; y es que jamás nadie ha hecho surgir algo de la nada, ni ha dotado de vida a un ser inanimado ni de conciencia a un animal irracional. Cuando muere un ser vivo desciende en la escala ontológica porque pierde la vida, pero los muertos no pueden resucitar; no pueden ascender.

Este mismo razonamiento es aplicable a la explicación científica de la noogénesis, porque el simple incremento del tamaño y complejidad del cerebro (materia) no puede dar lugar la aparición de la inteligencia y el pensamiento (espíritu). Y es que la cadena argumental que trata de explicar el proceso evolutivo desde la razón tiene tramos muy robustos, otros no tanto, y en algunos falta el eslabón clave. Y nos viene a la memoria la frase de Albert Einstein (1879-1955): «La ciencia sin la religión es coja...».

Otra cuestión importante es el objeto o finalidad de la existencia del mundo y de nuestra propia existencia. Desde posiciones materialistas el mundo es absurdo, fruto del azar, y el ser humano es un ser arrojado a él sin referencias y sin otra perspectiva que la propia de su vida biológica. Desde posiciones creacionistas, el mundo es obra de Dios, y tiene por finalidad una humanidad en plenitud donde las pasiones propias de nuestra herencia genética animal, hayan sido superadas por la fuerza del Espíritu que Dios

insufló en el rostro de aquel muñeco de barro del que nos habla el Génesis (Gen 2,7).

Según esta concepción del mundo, cabe pensar que Dios estableció las leyes naturales para que la creación culminase en la aparición del ser humano sobre la faz de la Tierra, y que también fue Dios quien dotó a este ser humano de inteligencia, conciencia y libertad para que fuese él, animado por su Espíritu, quien recorriese el último tramo del camino hasta la plenitud. Pero de esta concepción también se deriva una consecuencia inquietante, y es que Dios, al confiar en nosotros hasta ese punto, está corriendo el riesgo de que sigamos caminos que nos aparten de su proyecto... y es tal el calado de esta interrogante, que será el tema que cierre nuestra reflexión.

Hasta aquí, a grandes rasgos, el escenario con el que se encuentran los primeros humanos al principio de su aventura; de nuestra aventura. A partir de aquí, la crónica de nuestra andadura por la historia. El objetivo que nos hemos propuesto al afrontar esta reflexión es doble: por una parte, vamos a intentar analizar la encrucijada en la que hoy se halla el mundo, y por otra, vamos a recorrer el camino que nos ha traído hasta ella para entenderla mejor; es decir, vamos a intentar comprender ese proceso apasionante a través del cual la humanidad se ha dotado de todo el bagaje, material, intelectual y espiritual que hoy posee.

Para alcanzar este objetivo hemos dividido la reflexión en tres partes. Una primera *descriptiva*, que corresponde a la crónica propiamente dicha del progreso humano. Como es obvio, nos vamos a limitar a un repaso elemental de este progreso, y además básicamente circunscrito a nuestro entorno. Vamos a relatar cómo el ser humano ha desarrollado las herramientas de toda índole que le han permitido crear la historia; de cómo nació la ciencia, la tecnología, la religión, la filosofía; de cómo cada una de éstas disciplinas se ha ido desplegando en la diversas etapas históricas; de

sus épocas doradas, de su declive; en definitiva, de cómo se ha ido configurando a lo largo de los siglos la cultura e idiosincrasia del hombre actual...

Habitualmente los tratados de historia se ocupan de los grandes acontecimientos políticos y militares de una comunidad, una nación o el conjunto de la humanidad. También es habitual referirlos a una disciplina concreta, como por ejemplo, la historia de la filosofía, la historia del arte o la historia sagrada. Quizá la novedad de este relato sea que está referido al conjunto del conocimiento humano con el mismo enfoque con el que Friedrich Hegel (1770-1831) concibió su “espíritu universal”, es decir, como un ser vivo, inmaterial, que no deja de crecer a lo largo del tiempo alimentado por nuestra propia actividad mental, y cuya misión es impulsar la historia como una fuerza invisible e inexorable.

La segunda parte va a estar referida a la situación actual y va a tener un carácter *analítico o evaluativo*. En ella trataremos de definir el término *progreso* y, en base a esta definición, vamos a intentar establecer si a día de hoy la humanidad está progresando, o estancada o involucionando. Porque la ciencia, que tantos beneficios había reportado a la humanidad hasta ahora, comienza a mostrar su lado oscuro, y el carácter redentor con el que se presentó en su día puede que se haya convertido en la mayor amenaza de la historia. Además, la amenaza no es sólo de índole material, sino que la cultura positivista que ha traído aparejada, nos está abocando a un mundo carente de sentido.

La tercera parte tendrá un carácter *especulativo*. Partiremos de lo que conocemos (la historia y la situación actual) y trataremos de inferir de alguna forma el futuro inmediato dado el cariz que están tomando las cosas. La amenaza nuclear, el cambio climático, la creciente banalización de la vida, la pérdida de su sentido y el triunfo de la demagogia y el populismo en la vida política, hacen presagiar un cambio de ciclo histórico más o menos inminente.

Y es que la experiencia nos dice que los modelos de sociedad son como los seres vivos; nacen, alcanzan la madurez, decaen y mueren. Suele pasar que los logros obtenidos por un modelo en su época de madurez, se malogran cuando, agotado, se resiste a ceder el paso a otro más humano, pujante y puesto al día. Decía José Ortega y Gasset (1883-1955) que «las civilizaciones mueren cuando mueren sus principios», y los principios hoy vigentes nada tienen que ver con los que dieron lugar a la nuestra.

Finalmente, este relato nos va a servir para someter a nuestra cultura ilustrada (tan proclive a despreciar todo conocimiento, creencia o costumbre del pasado) a una cura de humildad, pues nos muestra que la inmensa mayoría de los avances cruciales para los seres humanos se han producido en épocas pretéritas, y que gran parte de los desarrollos surgidos en este siglo son meramente incrementales y no responden a necesidades humanas, sino a un mayor florecimiento del comercio y la economía.